

Esta traducción es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

GERMANIA

III.

La edad férrea de la ortodoxia.

Sólo una persona superficial puede sentirse tentada de negar que los principios de la edad de la reforma fueron inspirados por un soplo de noble anhelo por las mejoras y por sentimientos profundamente religiosos en el buen sentido de la palabra. Ciertamente es verdad que los más bellos *sueños floridos* de entonces no llegaron á producir frutos, como queda demostrado en el capítulo anterior; pero aun á pesar de su imperfección la reforma no dejaba de ser una potencia civilizadora cuyo influjo benéfico se extendía hasta el campamento enemigo, hasta la Iglesia antigua, como esta misma admite. Y además ha sido una cosa importante, honrosa para la nacionalidad, el solo hecho que en tierra alemana y en el seno de su pueblo se levantara un hombre que empezara un capítulo nuevo en el libro de la historia universal. La tentativa de reconducir el cristianismo de su exteriorización idólatra á su fondo primitivo, era hija de intención formal y fué emprendida con valor. Además la mera simplificación del culto debe considerarse como una ganancia nacional, porque la austera seriedad y la sencillez del culto protestante correspondía sin duda mucho más al modo de ver y sentir del pueblo germánico que el ceremonialismo romano calculado para la fantasía y ligereza meridionales y que con frecuencia produce realmente un efecto teatral ó cómico. Pero si era meritorio abolir las escrescencias del catolicismo que como el culto de las reliquias y el tráfico de las indulgencias deshonoraban la razón y la dignidad humanas, podía ser problemático si los reformadores con respecto á las instituciones del culto no habían tenido bastante en cuenta las necesidades sensuales de los hombres. En este concepto Lutero era más práctico que Zwíngli, á quien su radicalismo indujo á cometer el error de declarar la guerra á los órganos y á la música eclesiástica en general, haciendo las iglesias reformadas de la Suiza alemana tan horriblemente desadornadas y el culto tan frío, que la gente debía sentirse enfiada en aquellas y helada por éste. El sen-

tido de belleza y el sentimiento de la forma poco desarrollados en los pueblos de razas germánicas, incontestablemente han sufrido menoscabo á causa de aquella desnudez y frialdad del culto, y ciertamente lo prosaico del culto ha sido uno de los motivos de la división del protestantismo en muchas sectas. Otro motivo mucho más potente aun fué la rápida rigidez y petrificación dogmática de la doctrina protestante, quedando la necesidad religiosa del corazón sin satisfacerse. Como tercer motivo añadióse aun el rugido de rabia que las diferentes fracciones del partido ortodoxo hacían la una contra la otra, ahuyentando á las almas de fibras más tiernas á la quietud y los conventículos de secta para escaparse de las regiones de una ortodoxia pendenciera y tumultuaria.

Del tono grosero é inhumano que los curas luteranos de *rompe y rasga* empleaban contra sus adversarios zwinglianos y calvinistas, ha sido responsable indudablemente en primera línea Lutero mismo, pues en sus escritos de controversia teológica, como por ejemplo, en el folleto sobre la comunión *contra los fanáticos*, empleó primero ese tono de payaso que luego fué acogido y exajerado hasta lo último por toda una jauría de curas, hasta el punto de escribir uno de esos venerables *servidores de la palabra*, Juan Aurifabre, á un amigo, en el año de 1557: *Ahora hasta queremos tocar el cencerro de los cerdos*. Todo el vocabulario de palabras de insulto, de escarnio y de befa, que no es corto en alemán, se gastaba en las malhadadas disputas que estallaron en el luteranismo cuando Melanchton intentó y aconsejó como ventaja para el protestantismo una conciliación entre las opiniones luteranas zwingli-calvinistas acerca de la comunión, distinguiéndose sobretodo Matías Flacius por su rabioso rugido en defensa de la *doctrina pura*. No ménos loca y groseramente se disputó, insultó y vilipendió acerca de la necesidad ó innecesidad de las *buenas obras*, acerca de la *predestinación* condicional ó incondicional y acerca de muchas otras futesas y fruslerías teológicas, las cuales sin embargo, eran grandes cuestiones de la época, porque la teología lo invadía y determinaba todo. Y no siempre limitábase la cosa á las palabras feas, pues esos clerizontes de pelea no vacilaban en desahogar su celo caritativo cristiano por vías de hecho siempre que podían.

La opinión corriente que la reforma ha mitigado y mejorado visiblemente las costumbres, no puede aceptarse como expresión de un hecho general, pues esta mitigación y mejora, lejos de ser la regla, no era más que una excepción, siendo bastante mala la conducta moral de la generalidad de los señores pastores. Es verdad que el material eclesiástico que los reformadores encontraron existente era muy malo en los más de los casos, pues por innumerables testimonios de los siglos xiv, xv y xvi, sabemos que el clero alemán se hallaba hundido en una ignorancia, gula y lujuria espantosas. Así es que la mayoría de los *venerables* pastores protestantes de los primeros tiempos no eran nada mejor que la mayoría de sus *reverendos* colegas católicos. Al contrario, pues mientras que la Iglesia romana sacudida de su laxitud moral por el cisma, volvía á exigir con más rigor la observancia de las buenas costumbres, obligando á sus ministros á evitar, por lo ménos, los escándalos públi-

cos, muchísimos de sus clérigos más embrutecidos consideraban la confesión protestante como ocasión propicia para entregarse sin freno á su vida disoluta, y á semejantes mozos había de confiarse muchas veces por falta de personas más idóneas el *servicio de la palabra divina* de los protestantes. La lentitud con que las cosas mejoraban, resulta de un testimonio que poseemos del año 1592 de la mano de un teólogo protestante, justamente apreciado (doctor Selnecka) y el cual, redactado en el lenguaje gráfico de la época, dice así: *La mayor parte de los pastores no ve; van caminando como una vaca ciega á donde los llevan los apetitos de su corazón, á la fornicación, como se ha visto en los papistas, á la gula y buena pitanza. Pues en los pecados que ellos deberían castigar más, el adulterio, la borrachera y otros vicios, están encenagados hasta las orejas. Así la vida dista mucho de la doctrina, de modo que ya no se sabe dónde encontrar un hombre culto, maestro ó párrroco, que no esté plagado de grandes vicios.*

La *profunda moralización* que suele atribuirse á la reforma quedaba, pues, por de pronto y por mucho tiempo aun, más ó ménos una frase hueca, como probaremos con testimonios más adelante. Sin embargo, es un hecho histórico que la teología protestante ha sido la primera potencia intelectual de Alemania desde mediados del siglo xvi á mediados del xviii, si bien la teología católica, aguzada por los jesuitas para la pelea, ha disputado la palma á su adversaria, á veces con éxito. Pero aunque las dos se odiaban y combatían con gran encono era, y quedaban conformes en imprimir el sello del teologismo á toda la cultura alemana durante el período mencionado. Las universidades y los colegios de segunda enseñanza, no se hallaban ménos sometidos á la fórmula teológica que las escuelas populares de las ciudades y aldeas. Por éstas el protestantismo indudablemente ha hecho mucho, y el celo que, siguiendo el ejemplo de Lutero, manifestaron muchos de sus discípulos, como así mismo algunos príncipes y magistrados urbanos de buena intención en favor de la enseñanza popular, descuidada horriblemente hasta entonces en las villas y las aldeas, promovió luego también la imitación y emulación por parte de los potentados y magistrados católicos. Con todo, no debemos formarnos una idea más que modesta de los merecimientos de aquellas escuelas populares; pero muy aprovechados y talentados habían de ser los discípulos para llegar á deletrear con dificultad los manuscritos y los impresos, á escribir ó, mejor dicho, á pintar letras y á apropiarse los primeros rudimentos de la aritmética. En cuanto á la generalidad de los escolares, los maestros urbanos y rurales creían haber cumplido perfectamente si conseguían imponerles los principales capítulos del catecismo, el Padre nuestro, unas cuantas otras fórmulas de plegaria, y si alcanzaba mucho, algún canto eclesiástico; y decimos imponer, en el sentido más literal de la palabra, pues en el arte pedagógico de aquella época, el palo desempeñaba un papel importante, hasta el papel principal. Aun en el siglo xviii, recibir la enseñanza era lo mismo que recibir palos.

El humanismo no había intentado dar mejores cimientos á la enseñanza superior, pero no le habían dejado el tiempo necesario para llevarlo á cabo.

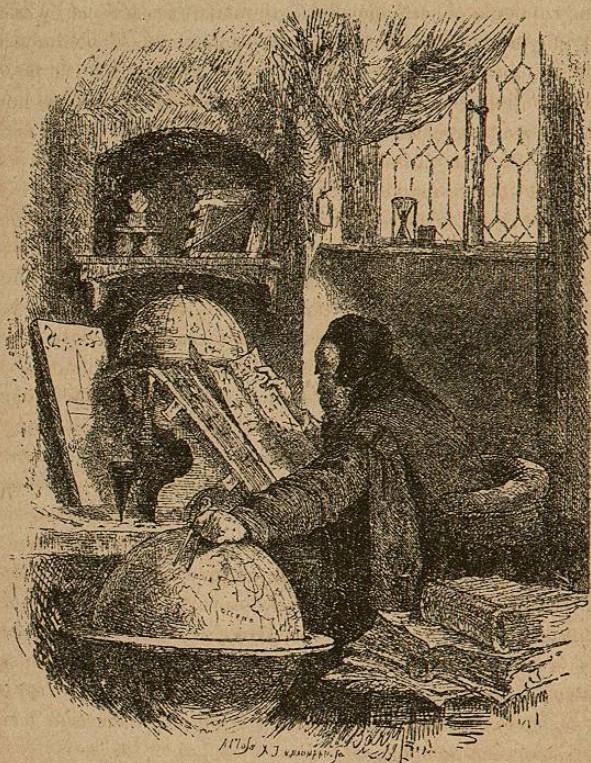
Cuando se trataba de oponerse con maña ó con fuerza á la propagación de los estudios clásicos, así como á las ciencias naturales, apenas despertadas, las dos mujercillas chillonas, la teología protestante y la católica, estaban acordes cual hermanas. Lutero no quería que la filología y la filosofía fuesen otra cosa que humildes criadas de la teología, y la situación en que él se colocaba en frente al libre exámen resulta claramente del hecho de llamar la razón con creciente grosería, *loca, bestia rabiosa, meretriz del demonio*. Melanchton por su parte atacaba el nuevo sistema del mundo de Copérnico aun con más vehemencia que los ultramontanos, y hasta ha aprobado expresamente que el tétrico fanático Calvino hiciera quemar vivo en Ginebra en el año de 1553 al docto español Miguel Cervet, porque este *hereje* había tenido la franqueza de confesar que no acertaba á conciliar el dogma de la trinidad con las reglas de la aritmética. En general, la teología protestante estaba algo reñida con las matemáticas, y no quería saber nada de ellas aun cuando se le ofrecía para servirla, pues aun en el año 1679 la facultad de teología de Jena obligó á una retractación solemne al matemático Weigel, que había intentado con buena intención la temeraria empresa de demostrar matemáticamente el *misterio* de la Trinidad. Los jesuitas, quienes en los países católicos de Alemania habían conseguido rápidamente apoderarse de toda la enseñanza superior, hacían por su parte, y no con ménos empeño, la guerra al humanismo y á la libertad del pensamiento. Su arte de educar se encaminaba lógicamente á instituir la espontaneidad del hombre con el formalismo ortodoxo, la pauta romana. En sus instintos descuidaban el griego por completo y excluían el estudio de la naturaleza; los autores latinos los mutilaban ó los sustituían con la insípida literatura frailuna. También introducían en sus escuelas y colegios el hablar latín para desalemanizar más fácilmente á sus discípulos. Los colegios y las universidades protestantes imitaron este proceder, y así el latín fué otra vez el lenguaje oficial de los doctos, con gran perjuicio para la cultura nacional. Sin relaciones con el espíritu del pueblo, la erudición regular perdía cada vez más la inteligencia de los verdaderos intereses del país, y encerrada en el potro de una lengua muerta se petrificaba en presumido pedantismo. La lengua alemana, abandonada y despreciada por los doctos formales, corría peligro de caer en un embrutecimiento y salvagismo perpétuos, á no ser que hasta en los tiempos peores, durante la guerra de 30 años, surgieran cada vez hombres de sentimientos patrióticos que se cuidaran con afición de la lengua materna, menospreciada y desatendida por los pedantes. En otro sitio más á propósito hablaremos de esto más extensamente.

Los principales lugares en que la erudición de la edad de la reforma trabajaba de la manera señalada, pero en que también en los siglos xvi y xvii se manifestaban los principios de una instrucción superior y más libre, eran las universidades. En un capítulo anterior hemos mencionado ya las cuatro universidades alemanas más antiguas; agregáronse á ellas desde el principio del siglo xv hasta fines del xvii las siguientes: Wurzburg (1403), Leipzig, Rostock, Friburgo, Greifswald, Basilea, Ingolstadt, Tubingen, Maguncia, Witemberg, Francfort del Oder, Marburg, Koenigsberg, Yena, Dillingen. Helms-

tadt, Altdorf, Giesen, Paderborn, Rinteln, Kiel, Innsbruk y Halle (1694). Los príncipes fundadores de universidades protestantes, por supuesto no admitían ya el derecho de ratificación de los papas, que había existido en la Edad media, pero seguían pidiendo la venia imperial, si bien por pura fórmula. La organización de las universidades era todavía la misma que en la Edad media; las tres primeras *facultades* formaban la teología, la jurisprudencia y la medicina; la cuarta, llamada hoy de filosofía (y letras) comprendía las llamadas *siete artes liberales*, es decir, la gramática, la retórica, la música, la dialéctica, la aritmética, la geometría y la astronomía. Las tres primeras facultades *creaban* doctores, la cuarta, *hacía* magistros. Mas en la edad de la reforma la posición de los catedráticos experimentó un cambio importante en cuanto que fueron considerados como servidores de los príncipes fundadores, y asalariados como tales, mientras que antes vivían de las retribuciones que les pagaban los oyentes. Ciertamente tenían ahora la vida más asegurada, pero esta seguridad era á costa de su independencia, pues en adelante eran servidores de príncipes, en el sentido más sumiso de la palabra. Mas como los salarios eran muy cortos (el total de los gastos anuales de la universidad de Witemberg era de 3,795 florines en la época de Lutero, percibiendo este mismo y Melanchton los salarios de catedráticos más elevados, 200 florines al año, mientras que al mismo tiempo en la universidad de Viena el sueldo de catedrático más elevado era de 300 florines, no excediendo el término medio en ninguna parte más de 150 florines) los ingresos de los catedráticos, incluso los honorarios de matrícula y doctorado, eran insuficientes, generalmente hasta miserables. Toda la existencia de esos hombres doctos llevaba por consiguiente hartas veces un aspecto de mendicidad y era una cadena de humillaciones. Los más concienzudos se malograban con los perpétuos pesares y deudas, los más mañosos y faltos de carácter sacaban ingresos más elevados por medio de la astrología y alquimia, cultivando con el mismo fin el arte del favoritismo y la adulación hasta el último grado de la bajeza. Otros tenían, además de su cátedra, un despacho de cerveza y vino y en sus casas locales que servían de taberna á los estudiantes. Hasta qué punto en este estado de cosas en la esfera de los doctos sufrían las buenas costumbres; hasta qué punto la disolución entraba en la vida familiar, faltando muy á menudo las esposas é hijas de los catedráticos gravemente contra la decencia y el recato, de esto nos dan una triste idea los autos de castigo de las universidades alemanas de los siglos xvi y xvii. Para aumentar la indisciplina del mundo académico no contribuía poco la circunstancia de ser costumbre noble el enviar á los señoritos á la universidad provistos de grandes recursos para que bajo el pretexto de estudiar trataran de lucirse con pompas, banquetes y borracheras. En algunos puntos conferíase también el rectorado de la universidad á semejantes señoritos estudiantes, mostrando entonces esos rectores imberbes á la comunidad académica el grado á que podía llegarse en la bulla y algazara de las pendencias y borracheras.

Y sin embargo no hacía falta semejante ejemplo, pues toda la picardía, lijería de cascos y desenfreno que habían sido propias del escolarismo vaga-

mundo de la Edad media, habían pasado á la estudiantina de la época de la reforma. El contraste que los acontecimientos de la realidad académica formaban con las graves constituciones y estatutos de las universidades alemanas, era á veces sumamente cómico; compárese sinó la *constitutio* y la *ordinatio* de la universidad de Tubingen del año 1518 con la conducta de los estudiantes de aquel tiempo y de más tarde. El estudiante alemán había tenido



UN ASTRÓLOGO.

siempre propensión á distinguirse marcadamente como *Bursch* por su traje y sus modales del *Filister* (cuyo término y noción parece llegaron á ser de moda primeramente en Jena en el año 1693); y de ahí la manía estudiantil de exagerar las modas de vestir de la época. Así en el siglo xvi, los estudiantes exageraban hasta la indecencia lo apretado del *traje español* introducido por la corte imperial; así mismo más tarde exageraban hasta la locura lo holgado

de los pantalones anchos. También el traje del siglo xvii, fué exagerado hasta lo fantástico por el estudiante alemán, llevando entonces bigote y perilla y en la larga cabellera un hongo de ala ancha con pluma ondeante. Sobre el jubon, provisto de adornos en el pecho y las bocamangas, colgaba una esclavina ancha de encajes; la capa de mangas pendía de los hombros con soltura indicando que servía más de ostentación que de abrigo. Los pantalones ridículamente anchos se ligaban debajo de las rodillas y en las anchas vueltas de las botas con espuelas veíanse las pantorrillas. Un enorme estoque de cazoleta grande adornaba la cadera izquierda y an el cinturón lucía el *album*; en la mano izquierda el hermano *studio*, llevaba un grueso palo y en la derecha la pipa de tabaco. Pues entre los estudiantes habíase aclimatado con la misma rapidéz que entre los soldados la costumbre india de fumar, traída á Alemania durante la guerra de 30 años por las tropas españolas, holandesas é inglesas, y toda la gritería del clero contra el nuevo goce (*los hocicos que fuman tabaco son otras tantas chimeneas del infierno*) tuvo tan poco éxito que muy pronto los reverendos y venerables señores mismos se contaban entre los fumadores ó como se decía al principio: *bebedores de tabaco* más apasionados. Entre los estudiantes celebrábanse verdaderos certámenes de fumar enteramente como los de beber, pues el antiguo vicio alemán de la embriaguez fué desarrollado en las universidades de la época de la reforma á verdadero arte de beber y con esto combinábase toda otra clase de excesos. Bajo los ojos de Lutero los estudiantes de Witemberg llevaban una vida llena de *borrachera*, *lujuria* y *disipación*. Lo mismo sucedía en todas partes añadiéndose á la gula y liviandad una afición indomable á las riñas, que se desahogaba no solamente en innumerables desafíos y sangrientas camorras, sinó tampoco temía los homicidios y asesinatos. Semejante barbarie encontraba su expresión legítima en las canciones estudiantiles de la época, siendo característico de la filosofía estudiantil lo que á principios del siglo xvii los *cives académicos* de Iena cantaban en sus banquetes: *¡Crapulíemos y glotoníemos hasta mañana, seamos alegres sin pesares, es corto el tiempo que hemos de estar en la tierra, divirtámonos y regocijémonos pues mientras vivamos, el que muere se queda frito, acabóse la vida y el placer, de nadie hemos sabido aun que haya regresado del infierno y revelado lo que pasa allí; tener buena compañía no es pecado y por lo tanto embriágate y acuéstate, levántate y hártate y emborráchate otra vez!*

Linda prueba ésta de la *moralización* que dice introdujo la reforma entre los alemanes, ¿no es verdad? Naturalmente no sirvió de nada el que el pastor Matías Federico en el año de 1552 soltara contra el vicio de la *borrachera*, su *demonio borrachón*, como tampoco produjeron efecto alguno todos los demonios soltados en aquellos tiempos contra los diversos vicios (el *demonio del baile*, el *demonio de los reniegos*, el *demonio de la putería*, etc.). Durante la guerra de 30 años el embrutecimiento de la vida académica aumentó considerablemente, tanto que con frecuencia quedaban borrados los límites entre la vida de estudiante, de soldado y de bandolero. Las huellas de esta barbarie eran todavía bastante claras en el siglo xviii. El desarrollo de los usos y cos-

tumbres estudiantiles (los *filister*, los llaman con razón abusos y malas costumbres) á partir de la época de la reforma se ha verificado especialmente en el seno de las *paisanías* que en las universidades habían reemplazado las naciones de la Edad media y se diferenciaban por sus divisas y colores. En estas paisanías á las que vinieron á agregarse en el siglo XVIII las *órdenes* estudiantiles y en el XIX los *Korps* y *Burschenschaften*, formose poco á poco



UN «BURSCH» (ESTUDIANTE).

ese código del estudiantismo alemán que lleva el nombre francés de *comment*. Al número de las decisiones más antiguas de ese código singular, pertenecen incontestablemente aquellas que tratan del *pennalismo*, procedentes de los escolares andantes de la Edad media, los *lirantes*, *vacantes* y *vagantes*. *Pennal* llamábase el estudiante de primer curso (que hoy se llama *zorro*), y durante su año pennal era el esclavo atribulado de sus compañeros más antiguos de la paisanía. La solemne absolución del pennalismo llamada *deposición* era así mismo un tormento atroz contra el cual tomaron inútilmente medidas de prohibición las autoridades de los diferentes países y hasta la dieta imperial. Poseemos todavía un *discurso de deposición* del año de 1713

en que se enumeran extensamente las diferentes peripecias del maltrato llevado á veces hasta constituir un peligro para la vida de los *pennales absolventos* á los que martirizaban con peines, tijeras y limas, con destreal, cepillo y sierra, con cucharilla de oído, barrena y navaja de afeitar, todos los instrumentos de dimensiones colosales, por lo cual se ve que en aquella sazón era difícil para el *Fuchs* hacerse *Bursch*. Hoy las cosas ya no pasan tan brutalmente; también el *comment* se ha civilizado; pero lo principal ha quedado lo mismo entre los adictos más modernos que entre los más antiguos, á saber, la tendencia de constituir un pequeño Estado no libre en el grande Estado no libre.

En la época de que se trata aquí, el método de la enseñanza académica era todavía muy rudimentario. Las conferencias teológicas, ó como las llamaban oficialmente, las *lecciones y ejercicios*, circunscribíanse generalmente á la dogmática y exegesis; las de la facultad de leyes al código, las instituciones, pandectas y canon, las de medicina á la explicación de los escritos de Hipócrates, Galeno y Avicena con adición acaso de algunas observaciones de anatomía, diagnóstico y farmacia, mientras que las conferencias filosóficas se referían á unos pocos autores latinos y mucho ménos griegos, á retórica, dialéctica, moral, matemáticas y física. La ciencia histórica quedaba enteramente desatendida, si no era estúpidamente maltratada. Los chocantes defectos y grandes huecos de la enseñanza académica trataban de suplir y tapar en lo posible con frecuentes declamaciones y disputas, haciendo al mismo tiempo estos ejercicios académicos engalanados frecuentemente con mucho oropel de payaso las veces de la prensa científica que no existía aun. Estos apuntes demuestran claramente que en la época de la reforma era mucho más incómodo y costaba mucho más trabajo el hacerse un verdadero sabio que hoy en día cuando aun la cabeza más mediana con un poco de buena voluntad puede hacerse imponer en una ú otra especialidad para lucirse luego con lo aprendido como *uno del gremio*. En aquella época, al contrario, solamente los hombres de mucho talento podían con gran trabajo, reflexión propia y estudio incansable, llegar á ser verdaderamente sabios hasta el punto que lo permitía el estado general de la civilización. A pesar de esto existía en los países alemanes, durante los siglos XVI y XVII, un número regular de personas que sabían y un respetable grupo de eruditos.

El teólogo luterano modelo era Melancton, en cuyas huellas dogmáticas seguían los Chytraüs, Calixtos y Huttero, mientras que los colaboradores y sucesores de Zwingli, Ecolampadio, Bucero, Egapito y Bullinger procuraban y lograban propagar las opiniones liberales de su maestro. Como hombre de mérito descollaba más tarde entre las filas del protestantismo, el teólogo Arnold, porque fundó la historiografía eclesiástica á fines del siglo XVII (1699), mediante su *Historia imparcial* de la Iglesia y de los herejes. Por parte del catolicismo cobraron fama de dogmáticos, catequistas, moralistas y belicosos gallos de pelea, los dos jesuitas Canisio y Busenbam. En el seno del protestantismo continuaban vivas las tradiciones del misticismo alemán de la Edad media, encontrando predicadores tan extasiados como Schwenkfeld y Weigel

ó tan dementes como Culmán, pobre loco, quemado en Moscou en 1689 por que había emitido también el oráculo que era Cristo el hijo encarnado de Dios. En aquella región mística que Lutero calificaba brevemente de *fantasteria*, radicaba también el pensamiento teosófico del meditado zapatero de Gorlitz, Jaime Bøhm, por cuyo lenguaje tierno y pesado pasa un soplo de presagio del moderno panteísmo y un aire de filosofía natural alemana de nuestros días. De la manera como filosofaba ese *filosofus teutonicus* (pues con este nombre le honraban), puede dar una idea el título de su obra principal: «Aurora en orto, esto es, la raíz ó madre de la *filosofía, teología y astrología*, de exacto fundamento. O sea descripción de la NATURALEZA como todo ha sido y se ha hecho al principio: como la naturaleza y elemento han sido criaturas; también de las dos cualidades mala y buena, donde toda cosa tiene su origen, y como ahora está y obra, y como será al final de este tiempo. También qué tal el reino de Dios y del infierno y como los hombres obran en cada uno criaturalmente. Todo de exacto fundamento, en conocimiento del espíritu en el reino de Dios con aplicación expuesto por Jaime Bøhm, en Gorlitz, en el año de Cristo 1612, de edad 37 años, martes de Pentecostés.» El partidario entusiasta de Bøhm, Gichtel, fundó la secta de los hermanos angélicos de Bøhm, pero el sectarismo protestante pudo levantarse contra la ortodoxia cuando sólo hombres como Felipe Jaime Spener, quien abrió por primera vez en Francfort y en el año 1670 sus «*Colegia pietatis*» introduciendo con esto en el lenguaje alemán los términos pietismo y pietista, no querían aguantar más la tiranía dura y estéril del culto luterano de la letra de la Biblia. El pietismo ciertamente no tardó en llevar á sus partidarios á extravíos y locuras, pero en sus principios era un elemento motor de gran efecto. La tésis fundamental de Spener, que la religión es asunto del corazón, ha sido un verdadero progreso, un adelanto sobre el formalismo sin alma de la petrificación dogmática del luteranismo. Además los primeros y verdaderos pietistas encarecían la sustitución de las repugnantes y estériles disputas por dogmas y fórmulas con un cristianismo tolerante y caritativo, dando ellos mismos en este sentido el ejemplo loable de dedicarse con empeño al desarrollo de las escuelas elementales, descuidadas y hasta abandonadas por la iglesia luterana oficial. Un discípulo favorito de Spener, Augusto Hermann Francke, fundador de la casa de huérfanos de Halle, ha cultivado el arte educatorio pietista con mayor celo y mejores resultados que los demás. Al mismo tiempo el pietismo empezó á romper el cerco que encerraba al protestantismo, vino un remedio por otro lado, pues el pensamiento filosófico por primera vez en Alemania encontró en la persona de Godofredo Guillermo Leibniz, un representante que supo darle un desenvolvimiento metódico. Leibniz tenía en la Alemania del siglo xvii poco más ó menos la misma posición que Alejandro de Humboldt ocupaba doscientos años más tarde. Con una erudición extensa combinaba ideas propias, haciéndole esto capaz de sentar el primer sistema filosófico de su patria, sistema en el cual el concepto idealista-monista tuvo su expresión científica. Además influía con sus trabajos é incitaciones en los estudios matemáticos y físicos, así como en los políticos é históricos, abrien-

do el camino y señalando el rumbo. El fué también quien procuró poner el gabinete de estudio en contacto con la vida real para conducir una corriente de aire nuevo de ésta en la lobreguez de aquél, siendo al mismo tiempo que sabio hombre de mundo y como tal trataba de predisponer los círculos distinguidos en favor de la ciencia y del progreso. Finalmente hay que alabar aun el que, llevado por el deseo de poner en relación mútua la vida y el estudio, no vacilaba en oposición á la docta latino-manía de su tiempo, en recomendar el uso de la lengua patria, también en la discusión de los problemas científicos como él mismo no desdeñaba hacer á veces versos alemanes. La actividad múltiple é ilustradora de Leibniz encontró en varios conceptos un excelente continuador en Cristián Tomasio, verdadero padre del racionalismo alemán, gran ilustrador del siglo xvii, cuyos trabajos de despejo dirigidos con igual energía y valor contra la barbarie teológica como contra la jurídica alcanzaban aun el siglo xviii. Tomasio se ha atrevido también en el año 1687, á fijar en la *tabla negra* de la universidad de Leipzig el primer anuncio de conferencia escrito en alemán, y el escándalo que este atrevimiento causó á sus señores colegas, demostraba claramente que aquel acto tenía verdadera importancia de política nacional.

Es verdad que el instinto fundamental de la reforma encaminado á lo real y positivo desapareció temporalmente en parte ó por completo, escondido ó empañado por la teología; pero luego volvió á surgir á la superficie, demostrando su fuerza de tal, sobre todo en dos direcciones, siendo la una la de estimular á la gente á procurar comprender mejor lo presente por medio del conocimiento más amplio y sólido de lo pasado, y manifestándose la segunda por la necesidad que sentían de familiarizarse con las leyes y los fenómenos de la naturaleza. De ahí el aumento de actividad en el campo de la historiografía y en las ciencias exactas. Con respecto á la primera, algo se había ganado por el solo hecho, que hasta los historiadores doctos sustituían la lengua latina cada vez más con la alemana. Ciertamente al principio el espíritu crédulo y nada crítico de la Edad media predominaba aun en la croniquería alemana y hasta los mejores cronistas del siglo xvi como Turmair-Aventin, Kansow, Tschudi, tienen el defecto de reproducir inocentemente lo que han oído decir ó aun, como el último, de formar mitos con toda intención. Pero en algunos de los cronistas de entonces nótese ya un punto de vista crítico y filosófico siquiera todavía muy tímido, como por ejemplo en el varias veces citado suabio Sebastián Franek, quien, ocupándose en literatura de varias maneras, ha compuesto la primera colección de proverbios alemanes y escrito en lengua alemana, además de una crónica de Alemania, la primera crónica universal (*Crónica, anales y biblia de historia, desde el principio hasta este presente año 1531*). Los groseros comienzos de geografía tienen por representante la *cosmografía* de Sebastián Münster, escrita poco tiempo después. Meritoria es la *Historia de los señores Jorge y Gaspar de Frundsberg* por Reisner, porque nos presenta un cuadro claro del militarismo de la época de los *lands-knechte* (mercenarios) y de gran importancia para la historia de la cultura son los documentos auto-biográficos con los que empezó en la edad de la